

MISA CRISMAL

Queridos hermanos

Celebro con alegría la primera misa crismal como vuestro Obispo. Os saludo a todos con afecto, especialmente a vosotros, queridos sacerdotes, en esta mañana sacerdotal, en la que, en comunión, como presbiterio, vamos a renovar las promesas que hicimos el día de nuestra ordenación.

En el centro de la liturgia de esta mañana está la bendición de los santos óleos: el óleo para la unción de los catecúmenos, el de la unción de los enfermos y el crisma para los grandes sacramentos con los que el Espíritu nos abraza de una forma especial y nos configura con Cristo (bautismo, confirmación, y orden sacerdotal).

En esta tríada se expresan, nos decía ya el papa Benedicto en la misa crismal de 2011, tres dimensiones esenciales de la existencia cristiana, y, me atrevería a añadir, de nuestro propio ministerio sacerdotal.

El óleo de los catecúmenos, decía el papa, nos habla de la búsqueda de Dios. Unge a aquellos que se han puesto en camino, que buscan y anhelan contemplar su rostro. Mas, si podemos ponernos en camino y buscar al Señor, es porque Él ya ha tomado la iniciativa y nos ha buscado primero. Escribía san Agustín en sus *Confesiones*: “Nos buscaste cuando no te buscábamos, y nos buscaste para que te buscáramos”. Dios siempre, como nos recuerda tantas veces el papa Francisco, nos «primerea».

Ciertamente, somos cristianos y somos diáconos, presbíteros, obispo..., porque Él nos ha «primereado», nos ha buscado primero, nos ha amado, elegido y enviado. Es hermoso que en esta mañana hagamos memoria agradecida de su llamada, de nuestro propio itinerario de fe y vocacional, cargado de rostros, comunidades, acontecimientos... Renovar las promesas sacerdotales es agradecer y renovar aquel amor primero, siempre nuevo, que sostiene nuestra vida y nos empuja hacia adelante.

Nos ha buscado, para que le buscáramos, pero también para que seamos cauce de su encuentro hoy con nuestros hermanos. Quizá la secularización, los cambios de nuestra sociedad... puedan llevarnos a pensar que el tiempo de Dios ha pasado y que el hombre y la mujer de hoy ya no buscan a Dios; pero Dios sigue saliendo al encuentro de todo hombre y mujer y lo quiere hacer a través nuestro. El sacerdote es

buscador de Dios en el doble sentido del genitivo: nunca dejará de buscar a Dios en su vida... y nunca, como el buen pastor, dejará de buscar en nombre de Dios a los hombres y mujeres que Dios ama, niños, jóvenes y adultos, sin dar nunca a nada ni a nadie por perdido. No nos dejemos vencer por el cansancio, el desaliento o la acedia. Confiemos en el Señor.

El segundo óleo es el los enfermos: confortar, sanar, curar el corazón herido de los hombres y de los pueblos, vendar los corazones desgarrados... Esa es la misión del Ungido, anunciada por Isaías, y asumida por el propio Jesús en primera persona de forma singular. Y es la misión que Cristo mismo comparte con nosotros. Como sacerdotes, a imagen del Buen Pastor, hemos sido llamados a ser abrazo, consuelo y caricia, no solo nuestro, sino de Dios, para cuantos están heridos y caídos al borde del camino. Estamos llamados a ser transparencia de su misericordia, cauce vivo de su perdón y de su amor. También, a dejarnos cuidar y ayudar, acoger este mismo perdón, este mismo amor.

Por último, el crisma, aceite de júbilo que el Señor derrama sobre nosotros y nos configura con Cristo Sacerdote, Siervo y Pastor, Cristo que no domina, sino que sirve; que no recibe, sino que se da. Al recibir el orden, “la pregunta no es ¿qué gano yo?, sino más bien: ¿qué puedo dar yo por él [el Señor] y también por los demás?” (Benedicto XVI).

El don del Espíritu, la celebración de la Eucaristía, el ejercicio de nuestro ministerio, nos configuran día a día eucarísticamente con Cristo, en un proceso discipular continuo. No vivo yo, dirá san Pablo, es Cristo quien vive en mí (*Gál 2,20*). Y así, cada vez que pronunciamos las palabras de Jesús, «esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros», lo decimos de Cristo, sí, y también de nosotros y de su Iglesia. En la patena está Cristo, está su Iglesia, su Cuerpo Místico, estamos nosotros. Como reza bellamente la plegaria eucarística de niños: “Él se ha puesto en nuestras manos para que te lo ofrezcamos como sacrificio nuestro y junto con Él nos ofrezcamos a ti”. No se entiende el sacerdocio sin esta entrega. No es puesto de honor, ni de poder, sino de servicio. “El que quiera ser primero que sea el último de todos y el servidor de todos” (*Mc 9,35*).

Y es, desde aquí, donde nace y renace la verdadera alegría. La alegría plena es consecuencia de una vida entregada por Cristo, con Él y en Él, una vida abrazada a su leño, entrega al Padre y a los hermanos, conducidos por el Espíritu, aceite de júbilo, con el que hemos sido ungidos.

Esta alegría va indisolublemente unida al gusto de estar con el Señor, celebrar sus misterios para bien de nuestros hermanos, estar a solas con aquel que sabemos que nos ama, dejarnos encontrar por Él cada día...

Va unida al gusto de ser pueblo, de ser discípulos con nuestras comunidades y para ellas, pastores, de caminar con ellas, a su lado, de sentirnos comunidad con ellas. No somos funcionarios, ni dispensadores de servicios religiosos. ¡Qué buena y necesaria es la presencia, la cercanía, el estar con nuestra gente, especialmente al lado de los enfermos, de los pobres, de cuantos sufren, también de las familias y de los jóvenes, a quienes, con nuestro testimonio y cercanía hemos de ser capaces de provocarles y hacerles propuestas de vida, de arraigo y fundamento!

A la vez, la alegría plena del sacerdote va unida al gusto de ser «copresbítero». Somos presbíteros en comunidad, en fraternidad, que no es un añadido a nuestro ministerio, sino una dimensión constitutiva de él. Ni se es cristiano, ni se es sacerdote, por libre, al margen de los hermanos, tampoco «frente a». La fraternidad sacerdotal pasa por el aprecio y el cuidado mutuo, el gusto de encontrarnos, de ayudarnos mutuamente, de orar unos por otros, de reconocernos aun en las diferencias. Apoyemos a nuestros curas jóvenes, y, sobre todo, a nuestros enfermos y mayores, con quienes siempre tendremos una deuda de agradecimiento por toda una vida de entrega.

Termino, pidiendo al Señor por intercesión de Santa María, Madre de los sacerdotes, en este año jubilar mariano, que no deje de mandar obreros a su mies. El papa, en la peregrinación diocesana, me manifestó personal y expresamente su preocupación por la falta de vocaciones al sacerdocio y nos pidió que nos moviéramos. “Muévanse, por favor”, me dijo. Pidamos al Señor que haga fecunda nuestra persona y nuestro ministerio y las vidas de nuestras comunidades. El surgimiento de vocaciones al sacerdocio va unido a la oración, a nuestro testimonio personal, a comunidades vivas, y a la apuesta por los jóvenes, por la pastoral juvenil y vocacional. No cesemos en el empeño y en el trabajo.

Gracias a todos vosotros, queridos hermanos, y queridos hermanos sacerdotes, por vuestra vida entregada al Señor. Gracias de verdad y de corazón por el don que habéis hecho y hacéis cada día de vuestra persona, por vuestro trabajo, por vuestros empeños y desvelos. Que el Señor os bendiga y María os cuide. ¡Feliz jornada sacerdotal!